

EL MINISTERIO DE LA UNIDAD

Por Rogelio Erasmo Pérez Díaz
Usado con permiso

“Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad; porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó.

Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa.

Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido.

Profesando ser sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles.” (Romanos 1:18-23)

El hombre, que como dice en el verso 18 de Romanos 1 ***“...detiene con injusticia la verdad”***, ha sido el culpable de las divisiones que cada día se agudizan más en el pueblo de Dios.

No sé en cuanto a usted, pero yo interpreto la Palabra de Dios en ese sentido; en que no hay ni un solo hombre justo; en que la única verdad incuestionable es la verdad de Dios y las verdades de los hombres son “falsas verdades”, o lo que es lo mismo, falsas doctrinas.

De Dios sabemos todo lo que él quiere que sepamos, lo que de él necesitamos saber. Él nos lo ha manifestado (1:19). De tanto decir que somos sabios, ya nos lo hemos creído y hemos terminado por convertirnos tan solo en necios que hacen a un lado la sana doctrina de Dios, para poner en su sitio nuestra propia doctrina (1:22). Hemos hecho a un lado la imagen de Dios para poner en el sitio que solo a él corresponde nuestra propia imagen y nuestras propias doctrinas. En fin, nos hemos creado ídolos para suplantarlo a Dios. El primero de todos: nosotros mismos.

A veces soy censurado por la dureza de mis planteamientos. Juzgue Dios en ello.

Si he abordado una vez más este tema, si lo seguiré haciendo hasta el cansancio (no mío, sino de mis interlocutores) es porque tengo bien claro el plan de Dios respecto a mi vida. No sé usted, pero en mi caso sé a donde voy. Dios mismo se ha encargado de revelármelo.

No sé si en su iglesia durante la alabanza cantan un coro que dice más o menos así:

“Somos uno en Cristo, somos uno, uno solo...”

Por lo general, cuando entono cantos a Dios, cierro mis ojos, en señal de respeto y devoción a él. Pero sucede que cuando entonamos este coro, mis ojos se niegan a cerrarse. En ese momento, ellos miran primeramente muy dentro de mí, luego recorren todo el auditorio y, de inmediato acude a mi mente un pensamiento que se convierte en oración: ***“perdona, Señor nuestra falsedad e hipocresía.”*** No es que me vea como el más espiritual de los hombres, acompañado de un grupo de hipócritas. Me veo, más bien, como el más hipócrita de todos los que tal cosa cantamos. No más terminamos el coro y ya hemos olvidado las palabras que, de manera tan mentirosa, hemos tratado de usar para alabar a Dios. Pero sucede que con Dios no hay engaño, porque él escudriña los corazones.

Terminada la alabanza y el culto en general, salimos a la calle y dejamos nuestra “unidad” en la parte de adentro del templo. A veces no es necesario siquiera que salgamos de éste, para que la cacareada e hipócrita unidad sea echada a un lado.

Esos mismos que hace sólo unos instantes cantábamos a voz en cuello **“somos uno”**, salimos a afuera y vemos una ancianita, un niño o un desvalido, intentando cruzar la calle e hipócritamente, miramos hacia el lado opuesto. Ocurre que esas personas son individuos de “tercera categoría”, son esos que comúnmente se les llama, incluso por los pastores y líderes, “inconversos”. ¡Fea palabra esa! No sé si usted recibió desde la cuna una “educación cristiana”. Por mi parte, hubo un tiempo en que también fui una persona de “tercera categoría”, un “inconverso”. Dios sabrá por qué, pero él no ha querido que yo lo olvide.

Aquí se impone una pregunta: ¿Por quién murió Cristo?

Romanos 5:8 nos dice: **“Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros.”** ¿Y quiénes somos “nosotros”? ¿Usted? ¿Yo? ¿Todos los cristianos?... creo que no (y usted también debiera creerlo). Cristo murió por todos los hombres.

Ese al cual usted le niega su ayuda, por él también murió Cristo. Nunca me ha gustado establecer diferencias entre los que viven “de la puerta hacia adentro” y los que están “del otro lado de la puerta”. Lo veo en otra manera: los que están “de este lado” eran “antiguos inconversos”. Los que están “de la parte de afuera” pueden ser mañana sus hermanos en Cristo. Le digo más: llegará un día en que muchos de aquel lado estén en éste y viceversa. Jesús nos dice en Mateo 7:21a **“No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos...”** y en Marcos 2:16-17 **“Y los escribas y los fariseos, viéndole comer con los publicanos y con los pecadores, dijeron a los discípulos: ¿Qué es esto, que él come y bebe con los publicanos y pecadores? Al oír esto Jesús, les dijo: Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores.”** ¿Está usted “sano”? de ser así (cosa es que dudo), no moleste al Médico. Deje que se ocupe de los “enfermos”. De esos que a pesar de ignorarlo lo están o de los que saben estarlo.

Pero esto no es lo más triste de todo. Lo más triste resulta, sin dudas, que usted puede tener un familiar, vecino, un compañero de empleo, etc., que asiste a una iglesia distinta de la suya, pero usted “tiene a menos” relacionarse con él... llamarle hermano.

Sepa algo: la división no la inventó Dios, sino los hombres. Por si no lo sabía, él quiere que permanezcamos unidos, que seamos un solo cuerpo. De ahí la veracidad del coro a que hacíamos referencia al principio: **“somos uno en Cristo”**. El hecho de que usted o yo lo cantemos lastrados de hipocresía, no le niega esa veracidad.

Tristemente, son a veces los propios pastores y los líderes de nuestras congregaciones los primeros en incentivar y alimentar la división. ¿Por qué? ¿Celos por el rebaño o detrás de esto se oculta un motivo mezquino? Si me refiero a un tema tan espinoso, es porque tengo argumentos sobrados para haberme formado un criterio al respecto.

Sé que el liderazgo en la iglesia es algo difícil. En la vida secular, para muchos, ser líderes significa disfrutar de prerrogativas que le están vedadas a los demás. **“Mas entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor”** (Mateo 20:26) Entonces el pastor y todos los líderes están llamados a convertirse en siervos de las demás ovejas del rebaño. Y, ¿de qué rebaño? ¿Acaso tiene alguno su “propio rebaño” o son sólo pastoreadores de una porción de un único rebaño? A saber, el propietario del rebaño todo es solo Dios. ¿Cree usted que a él le place que usted menosprecie al resto de su rebaño tan sólo porque no forma parte de la porción que él le ha encomendado que guarde?

Veamos algunas porciones de la Palabra de Dios muy a propósito en el tema a que nos estamos refiriendo:

“Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo.” (1 Corintios 12:12)...

“y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades.” (Efesios 2:16)...

Pero, sobre todo, en Colosenses 3:12-17 se nos dice: **“Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia; soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros. Y sobre todas estas cosas vestíos de AMOR, que es el vínculo perfecto. Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados en un solo cuerpo; y sed agradecidos. La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales. Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él.”**

Pastor, líder, hermano: eso es lo que Dios nos manda que hagamos. ¿Es realmente eso lo que hacemos?

Si detrás de todo no hay un motivo mezquino (y espero que no lo haya); si tenemos la certeza de que no somos “propietarios” de un rebaño, sino siervos de una porción del gran rebaño; si verdaderamente queremos mostrar amor por todo el rebaño de Dios; si no es tan solo un slogan que “somos uno en Cristo”, entonces ¿cuándo daremos el paso que Dios quiere que demos? ¿Cuándo comenzaremos a trabajar para preservar la unidad de la iglesia como cuerpo de Cristo? ¿Hasta cuándo vamos a seguir permitiendo que vayan los brazos por un lado, los pies por otro y el cerebro por otro?

Si somos realmente siervos de Dios; más aún, si hemos tomado conciencia de que somos más que eso, que somos sus hijos amados y coherederos con Cristo, agradecemos a Nuestro Padre siendo fieles a su palabra.

¡Unámonos, hermanos, porque Dios así nos lo ha mandado!

Que Dios les bendiga.

*Este escrito es una contribución de la agrupación para eclesiástica cubana: Ministerio **CRISTIANOS UNIDOS**.*

ObreroFiel.com – Se permite reproducir este material siempre y cuando no se venda.